

ALLÁ LEJOS Y HACE TIEMPO

La infancia argentina de W. H. Hudson



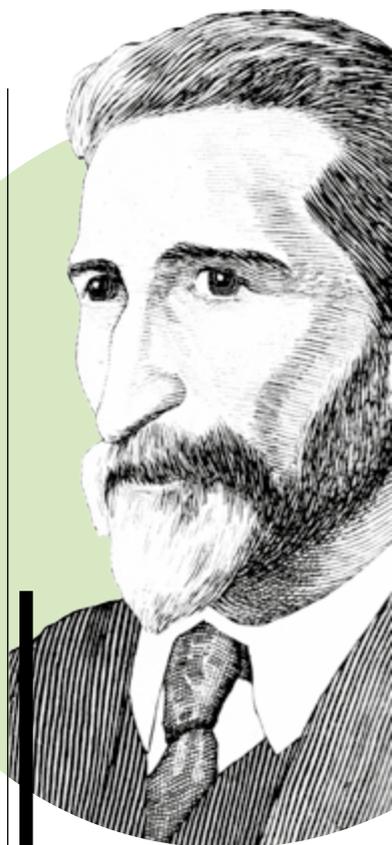
W. H. HUDSON

La burocracia académica quiere que aquello que declaramos como literatura nacional se inscriba dentro de las fronteras de la lengua reconocida como oficial. Tal vez por esa razón, la mayoría de las historias de la literatura argentina, empezando por la de Ricardo Rojas, excluyen de sus generosas páginas el nombre de W. H. Hudson. Hudson nació en Quilmes el 4 de agosto de 1841. Sus padres eran estadounidenses afincados en Argentina. Por lo tanto, de niño tuvo dos primeras lenguas y sus escritos tempranos –estudios ornitológicos publicados en la revista de la Zoological Society de Londres– fueron compuestos en un inglés tentativo en el que se puede adivinar el castellano de su tierra natal. Se fue de Argentina a los 33 años para establecerse en Inglaterra, donde murió en 1922; pero no cabe duda de que su imaginación nunca abandonó los paisajes de su infancia y juventud.

Ezequiel Martínez Estrada lúcidamente observa que “el gigante Hudson” establece para siempre en nuestra literatura el concepto de lo criollo: donde el ser humano se une a lo físico de la tierra, a su fauna, su flora, su desmesurado cielo, sus tareas humanas. La obra del autor de *Allá lejos y hace tiempo*, *Aves del Plata*, *El ombú*

y muchas otras es profundamente argentina, reflejo y fruto de su psicología y de su geografía, o de su alma y de su cuerpo (como dirían los antiguos). Sus ficciones y crónicas nos revelan una visión enamorada de nuestro país, y a través de ellas construye una mitología endémica, no ya magníficamente ficticia o metafísica como la de Borges, sino científica, para usar un término que a Hudson no le hubiese desagradado. Curiosamente, a medida que avanzamos en la lectura de su obra y lo acompañamos a través de ella en su exilio, los lazos con la tierra natal se hacen más estrechos, más cariñosos, más vívidos, como si los ojos del joven gringo en la Argentina de hace tiempo se volviesen sureños y criollos en la distancia, allá lejos en el paisaje nórdico e inglés. No nos extrañemos: Ovidio se vuelve más romano en Tomis y Dante más florentino en el destierro. Repatriemos a Hudson, dice Martínez Estrada, “como tarde o temprano tiene que ocurrir”. Con esta muestra que ofrecemos en la Biblioteca Nacional queremos contribuir a esa necesaria tarea.

Alberto Manguel
Director de la Biblioteca Nacional





ALLÁ LEJOS Y HACE TIEMPO

por Verónica Gallardo
Dirección de Investigaciones de la BNMM

Antes de que la madurez y el viaje transoceánico lo alejaran de la tierra donde nació y lo llevaran a Inglaterra, al hogar de sus primitivos orígenes familiares, Guillermo Enrique Hudson había vivido lo que años más tarde llamaría la época más feliz de su vida. Al momento de partir privilegia Londres, dejando de lado opciones como Massachusetts, de donde efectivamente provenían sus padres, y los campos bonaerenses, lugar al que habían arribado avanzado el siglo XIX.

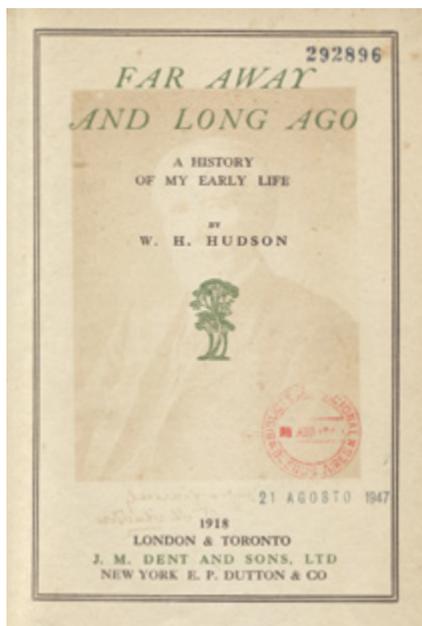


"... cuando tenía alrededor de doce años, me dijo mi madre qué ansiedad le causaba esa singularidad mía. Cuando salía a mirar lo que estaban haciendo los niños, se daba cuenta de que yo no estaba, y entonces me llamaban y me buscaban, para encontrarme oculto en un lugar cualquiera de la plantación. Entonces comenzó a poner atención en lo que yo hacía, y cuando observaba que me escabullía, me seguía secretamente y me observaba, de pie, inmóvil entre los altos yuyos o bajo los árboles durante ratos enteros, mirando al vacío".

Guillermo Enrique Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*,
Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, p. 246.



Ilustración de Franco Mosca.
En *Allá lejos y hace tiempo*, Buenos Aires, Peuser, 1947.



To my dear sister Maria
with love & best wishes
from W. H. Hudson
New Year's Day, 1919.

En *Allá lejos y hace tiempo* (*Far Away and Long Ago*. A *History of my Early Life*, según su primera edición inglesa de 1918), Hudson reanuda los “vagabundeos por las antiguas querencias familiares”. Selecciona anécdotas y episodios de aquellos días sudamericanos como ya lo había hecho en otros de sus textos: *Días de ocio en la Patagonia*, *Un naturalista en el Plata*, *Aves del Plata*, *El ombú y otros cuentos*, *El libro de un naturalista*, *Aventuras entre pájaros* y *Una cierva en el parque Richmond*. Si bien en ocasiones habría considerado que todo lo que valía la pena ser contado sobre su infancia ya había sido dicho en esos libros, descubre que nada se borra nunca, que es posible ofrecer una visión “total”



de su infancia, como la que muestra en esta obra. El itinerario narrativo comienza con el viaje a Chascomús, en 1846, cuando se traslada con su familia a la estancia Las Acacias y abarca los diez años allí transcurridos, desde la fundación del negocio familiar administrado por su padre hasta la vuelta a Los Veinticinco Ombúes, casa natal del escritor, ubicada en las proximidades de Quilmes, según su antigua demarcación. A través de una narración fluida desfilan los miembros de su familia y algunos personajes pintorescos, como sus primeros maestros. Pero lo que se distingue especialmente es la forma apasionada con la que describe a los animales y las aves, a las plantas y los paisajes de su infancia.



STEPHANOPHORUS LEUCOCEPHALUS.

"... para perplejidad de la madre, Hudson está 'mirando el vacío'; pero allá lejos hay más movimiento del que la madre es capaz de ver. Pronto se da cuenta de que su hijo 'estaba observando algún ser viviente, tal vez un insecto, pero más a menudo un pájaro'".

Fermin A. Rodriguez, *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.

Sus observaciones se completan con una referencia a la valiosa biblioteca familiar. Durante los primeros años de su infancia, la cultura protestante heredada de su madre fue decisiva en la formación de Hudson. La lectura de la Biblia y de otros textos religiosos fue reemplazada progresivamente por las obras científicas, especialmente *The Natural History and Antiquities of Selborne* (1789), de Gilbert White, y *On the Origin of Species* (1859), de Charles Darwin, con quien llegó a tener un interesante intercambio epistolar. En *Allá lejos y hace tiempo* es posible encontrar abundantes referencias de carácter crítico y correctivo al científico inglés, cuya obra reunía observaciones de sus viajes por la pampa y la Patagonia. Hudson corre con ventaja: no es un extranjero en tierras desconocidas, sino que refiere al espacio vital en el que ha transcurrido su existencia. En su biblioteca tampoco faltaban obras como *La ciudad de Dios*, las *Confesiones de San Agustín* o los tomos de la Historia de Gibbons; tampoco podemos dejar de mencionar a Dickens dentro su universo de lecturas.

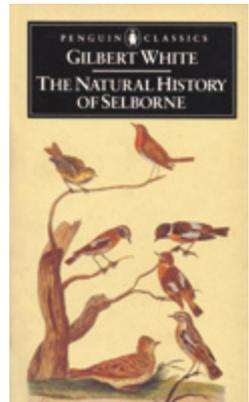


Ilustración de K. G. Keulemans.

En *Argentine Ornithology. A Descriptive Catalogue of the Birds of the Argentine Republic*.



Esta singular narración en clave autobiográfica es modelada a fuerza de tensiones y contrastes. Se destacan especialmente aquellos suscitados por el contexto naturalista de su infancia y la cultura letrada de una familia que en pocos años había pasado de fomentar en los niños las inclinaciones del propio espíritu a “proveer de lecciones morales a seis hermanos [...] donde los actos ilegales y lo malo y lo bueno eran escasamente discernibles”. Las circunstancias que alentaron la escritura de *Allá lejos y hace tiempo* son descriptas en la obra como una serie de visiones e impresiones surgidas durante el reposo de una enfermedad que le trajo al escritor un remoto pasado que parecía olvidado y del que solo recordaba fragmentos. Tiempo después, el borrador y las anotaciones fueron tomando forma de libro. Para 1918, Hudson era una figura prestigiosa dentro del ambiente cultural londinense, autor de una importante narrativa y de una destacada labor científica. Era, además, amigo de R. Cunninghame Graham, de Conrad, de editores fundamentales, como Morley Roberts y Edward Garnett, y era objeto de admiración por sus pares. Habían pasado cuarenta años de su partida de Argentina y, a pesar de un largo historial de enfermedades, logró superar largamente los setenta años. “Mi vida terminó cuando dejé la pampa”, diría con énfasis años más tarde. Sin embargo, una lectura atenta del conjunto de su obra revela cómo los ecos de esa infancia perdurarán a lo largo de su vida; una infancia que pese al título de la obra no había quedado ni tan allá ni tan lejos.



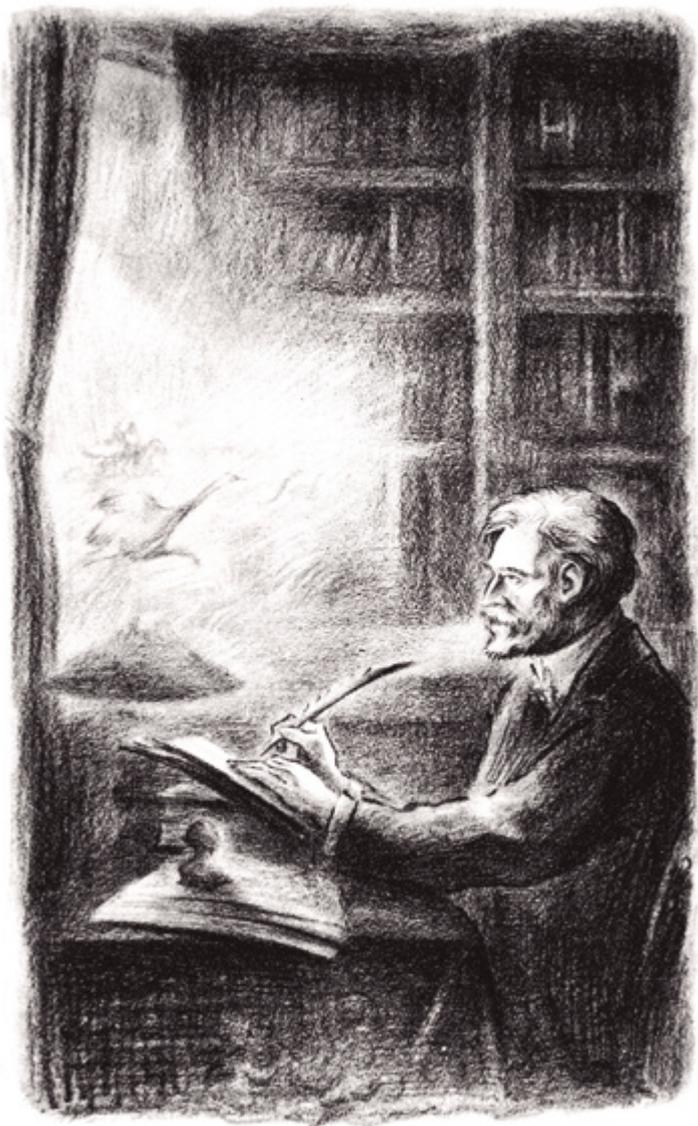


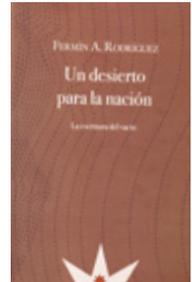
Ilustración de W. Melgarejo Muñoz. En *Allá lejos y hace tiempo*, Buenos Aires, Kraft, 1958.

ENSAYOS



Un espectro amplio de autores aborda la obra de Hudson: desde algunos de sus contemporáneos, como Joseph Conrad –quien afirmó que “escribe como crece la hierba”–, hasta críticos actuales, como Fermín Rodríguez o Carlos Gamerro. Algunos se han concentrado en puntos claves de lectura como “Notas sobre *La tierra purpúrea*” (1941), de Jorge Luis Borges; *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951), de Ezequiel Martínez Estrada; *Guillermo E. Hudson: el paisaje pampeano y su expresión* (1954), de Guillermo Ara; *Hudson a caballo* (1956), de Luis Franco; *Vida y obra de W. H. Hudson* (1971), de Alicia Jurado.

Los ensayos sobre Hudson siempre abordan, de una u otra forma, la cuestión de lo nacional. No solamente por el lugar de nacimiento del autor y su genealogía, sino fundamentalmente por el uso de la lengua



y su sentir del territorio y de la naturaleza. En este sentido, su escritura, en tiempos de la gauchesca, ha resultado un hecho destacado y de gran interés en los debates literarios.

El libro de Ezequiel Martínez Estrada, lúcido, vasto y de prosa única, ha marcado un punto de inflexión en los estudios sobre el autor. Entre otras cosas, sostiene (en referencia a *Allá lejos y hace tiempo*): “En este libro se hallan todos los elementos que constituyen su psique y su medio ambiente; los mismos que combinados con nuevos hechos y circunstancias darán nuevas obras, meras variantes y amplificación de esta, sustancial”.

Así, *Allá lejos y hace tiempo* exhibe, para Martínez Estrada, la condensación del total de la obra de Hudson al exponer los recuerdos –mirados desde la vejez– de las experiencias de la infancia que conformaron su “sustancia”.

EDICIONES, TRADUCCIONES Y TRANSPOSICIONES

Allá lejos y hace tiempo, publicada inicialmente por la editorial inglesa Dent en 1918, fue editada por primera vez en Argentina por la editorial Peuser, con traducción al castellano de Fernando Pozzo y Celia Rodríguez de Pozzo, en 1938.

Le sucedieron otras numerosas reediciones en las décadas siguientes. Se destacan por su importancia la de Peuser de 1945, con idéntica traducción y el agregado de ilustraciones de Franco Mosca; la de Kraft, con traducción de Juan Antonio Brusol e ilustraciones de Waldimiro Melgarejo Muñoz, y la monumental edición de Ayacucho, de 1980, con traducción de Idea Vilariño y Jaime Rest y prólogo de Jean Franco.





A las constantes reediciones que atestiguan la trascendencia de la obra a lo largo del tiempo, se le suman las traducciones a otros idiomas y diferentes transposiciones artísticas y poéticas: la historieta *Guillermo Enrique Hudson* (1966), de Eduardo Miranda, publicada semanalmente en el diario *La Nación*; “Allá lejos y hace tiempo” (1973), zamba en homenaje a Guillermo Hudson con letra de Armando Tejada Gómez y música de Ariel Ramírez; *Allá lejos y hace tiempo* (1978), película dirigida por Manuel Antín, y *Allá en lo verde Hudson. Una relectura de Allá lejos y hace tiempo de Guillermo Enrique Hudson* (2012), libro de Arnaldo Calveyra, con ilustraciones de Antonio Seguí.



MUSEO
HUDSON


Biblioteca Nacional
Mariano Moreno



Ministerio de Cultura
Presidencia
de la Nación